

que no había llegado á sazón: golosina de mujeres; despues de esto nos retiramos á una espaciosa sala, donde cada una de las damas mostró sus habilidades, y yo tambien las mías de cantar y danzar, con no poca admiracion de las amigas y aun de los escondidos caballeros, que todo lo estaban viendo por dos barrenos que habian dado á la puerta que caia á aquella parte. Caile en gracia al cordobés don Estéban, que este es su nombre, y vino á ser esto cuidado y amor en breve término.

Con haber el sol templado la fuerza de sus rayos, dilatando la tierra sombras, nos salimos otra vez al jardín, llevando allá los instrumentos de arpa y guitarras que habíamos traído, adonde continuamos la música, acompañándome dos criadas de la señora de la quinta, que tenían buenas voces y mucha destreza. Nada se les escapaba á los galanes, que todo lo oyeron, y enviaron con el jardinero un recado á doña Rufina que procurase venirse á la casa de la quinta conmigo solamente. Quiso dar gusto á su hermano, cuyo era el recado, y como que alguna precisa causa le molestase, me pidió la acompañara. Yo, que estaba ignorante de lo que me había de suceder, véneme con ella, dejando á las demás amigas á la orilla de un estanque entreteniéndose en varios juegos, y mano á mano nos entramos en la sala, donde nos salieron al encuentro los dos caballeros. Asustéme con su presencia, mas conociendo ser el uno hermano de la amiga que iba conmigo, asegúreme. Recibiéronnos con muchas alabanzas de mis gracias, en particular quien mas las exageró fué don Estéban. Yo le estimé el favor que me hacia, y mudando otra plática, tuvo este caballero lugar de declararme cuánta aficion me tenia despues que me había visto allí, pidiéndome licencia para servirme y galantearme desde aquel día. Yo, que nunca me había visto en aquellos lances, turbada y perdido el color no supe qué me le responder. Callaba á todo con el empacho en que me hallaba; mas mi amiga, esforzando la parte de don Estéban, me dijo: Cierto, doña Clara, que este es mi nombre, que estás tan turbada y asustada como si hubieses visto dos dragones. ¿Es nuevo desear galantear los caballeros á las damas, siendo iguales en calidad, cuando se dirigen sus pensamientos para honestos fines? El señor don Estéban es tan gran caballero, como todos saben, desea servirme; no es justo que á esto le seas desconocida y des mal pago á su voluntad. Tanto me persuadió esta dama y su hermano, que cuando salí de allí ya don Estéban había alcanzado licencia de mí para servirme, y yo tenía un cuidado mas en mi pecho: grandes son los efectos que causa el amor, pues quien nunca había sabido qué cosa era, antes hacia burla de los que oía quejarse de él, ya comenzaba á amar á quien no había visto hasta entonces. La causa lo merecía, porque sin exageracion os digo que no he visto caballero de mejor presencia, talle, rostro y demás partes que don Estéban, si bien mi hermano don Rodrigo casi le llega á igualar. Desde aquel día comenzó este caballero á festejarme secretamente. Escribímonos, donde en amorosos conceptos y encarecidos amores iba nuestra

correspondencia echando mas raíces. Tal vez por el orden de doña Rufina nos veíamos en su casa, mas eso era teniéndola á ella presente, ó á la vista por lo menos, con que no recibí mi amante de mí mas favor que darle una mano. Tenia un pleito de consideracion en Sevilla sobre un mayorazgo, y hasta salir con él no determinaba pedirme á mi hermano; y así, con esperanzas de tener presto sentencia en favor, se pasaba el enamorado caballero importunándome siempre en que le diese entrada en mi casa. Tanto instó en esto, que hube de permitirle que me hablase á una reja de noche algo tarde, porque como mi hermano era mozo, venia á deshora á recogerse, y temia que le viese. La continuacion de los amantes en comunicarse aumenta mas eslabones á la cadena del amor.

Amábame tiernamente don Estéban, pagábale esta encendida aficion, y como amor tiene cosas de niño en pedir siempre mas de lo que le dan, él importunaba en desear ser mas favorecido de mí, hasta que ablandó esto mi pecho, de manera que le hube de dar entrada en casa, de que resultó por mi mal acuerdo perder la prenda de mas estimacion en las mujeres, si bien con el pretexto de ser mi esposo, de que me dió la palabra delante de un devoto crucifijo con grandes protestas de que la cumpliría. La continua asistencia todas las noches en mi cuarto causó el tener prenda viva de don Estéban, cosa que me puso en notable cuidado, porque como crecía cada dia mas el preñado, así se aumentaban en mí los temores. Instaba en que me pidiese por esposa á don Rodrigo, pues con eso se soldaban todos los defectos; mas él me animaba á que en viéndome desembarazada de aquel peligro lo haria luego. Aumentáronseme temores, recelándome que este caballero me trataba con engaño, pues en cosa que tan bien le estaba, y mas para su seguridad, ponía inconvenientes. Aquí, señoras mías, pagaron mis ojos con lágrimas la poca advertencia y mucha determinacion que tuve á arrojarme con don Estéban. De mi flaqueza vinieron á ser testigos dos criadas, que pluguiera al cielo nunca yo les diera parte de ella, pues tan caro me cuesta habérsela dado, pues quien lo hace cautiva su libertad y presta sujecion á quien es inferior á ella. Ya se llegaba el término en que esperaba mi parto, cuando hallando á una de estas dos criadas y un hombre que de su aposento salia á deshora, la reñí con alguna blandura, por no poder mostrar el rigor que pudiera á no saber ella mis defectos. Pues esto solo la irritó de modo, que me dijo algunas libertades que me encendieron en cólera; y presumiendo que no se atreviera á lo que hizo, la castigué con mis manos, pesándome no poco de haberlo hecho; pero ¿qué cólera repentina fué buena? Por tenerla han sucedido mil desdichas; yo soy una de las que han pasado por sus desdichados efectos. Trajó la criada de vengarse de mí, y hizo lo muy á su salvo. Era moza de buena cara, á quien mi hermano había inclinándose, si bien ella nunca le admitió; mas despues ella con mi ejemplar desdijo de su primera constancia en sugeto mas humilde, como era el que hallé en su apo-

sento. Tuvo pues ocasion de verse con don Rodrigo, á quien dió parte de los amores de don Estéban y míos, hasta decirle en el estado en que me hallaba, cosa que él no había caído en ello, porque este nuevo uso de guarda infante, tomado de Francia, me fué propicio para encubrir mi defecto. Deseó don Rodrigo hallar ocasion de vengarse de mí y de don Estéban, quitándonos las vidas; pero reparaba en que no era culpada en esto la inocente criatura que habitaba en mi vientre, y así lo que le encargó á la criada fué que le avisase cuando yo hubiese desembarazádome del penoso preñado; así se lo prometió la traidora mujer, aunque no tuvo lugar de hacerlo, como sabréis.

Llegó el dia de mi parto, comenzándome los dolores desde la tarde; envié á avisar á don Estéban, y quiso mi corta suerte que estuviese ausente de Sevilla en una aldea, dos leguas de aquella ciudad. Diósele un papel mio á don Fernando, un hermano suyo, el cual sabia este empleo, y acudió algunas noches acompañando á don Estéban; este, viendo que su hermano no venia, envió un criado á llamarle á toda diligencia. Ya era de noche, y mi parto se fué dilatando hasta la mitad de ella. Estaban don Fernando y un criado suyo en la calle aguardando allí para recibir la criatura. Y sucedió que mi hermano viniese á aquella hora á acostarse; era la noche muy oscura, y aunque él divisó dos bultos á la puerta falsa de su casa, ellos no le vieron. Dióle deseo de averiguar si era don Estéban, el que era causa de su deshonra, y arrimándose á una pared, previno una pistola de dos que traía para su defensa todas las noches. En esto sintió que abrian la puerta y que una criada salia fuera á la calle; á su salida se llegaron los dos hombres á recibirla; ella les dió un niño que había yo parido, y que con gritos manifestaba el deshonra de su madre; penetraron estos el pecho de mi airado hermano, y así, irritado de la cólera que oyendo esto recibió, pensando que el uno de aquellos hombres fuese la causa de su deshonra, apuntándole la pistola, no le erró; fué el desgraciado don Fernando el que perdió la vida con la violencia de dos balas que le pasaron el pecho. El criado, que vió el estado de las cosas, con su criatura gritando comenzó á huir; mas siendo seguido de don Rodrigo con la espada en la mano, á pocos pasos le atravesó de una punta por las espaldas, dejándole allí pidiendo confesion á voces. Todo esto habian visto las criadas, las cuales me lo fueron á decir á mí luego; yo, temiendo verme ya trofeo de la muerte y en las manos de mi hermano, animándome me vestí á toda priesa y me salí de casa, yéndome á la de don Estéban, que no era lejos de allí. Aun no había venido, por no poder haberse desembarazado de un negocio importante á su pleito; pero el criado que le fué á avisar, que era el gobierno de su casa, había vuelto á dar orden á don Fernando que me asistiese. Contéle cuanto pasaba, aunque incierta de que don Fernando era muerto; y lo que él hizo fué tomar dos caballos y dineros y ponerme en el uno; subióse en el otro, y partióse de Sevilla para Córdoba.

Llegamos á Carmona, donde estuvimos de secreto dos noches, porque yo me reparase mas de mi flaqueza y susto. Allí supimos lo que pasaba en Sevilla, de un forastero que posó en nuestra posada. Dijo pues que así como don Rodrigo mató á don Fernando y hirió de muerte á su criado, tomando la criatura la dejó en una casa del barrio á una mujer de un criado suyo encomendada, y él se volvió á casa con ánimo de acabar con mi vida. De las criadas supo mi fuga, cosa que le dió notable pena, por no poder vengarse del todo. No lo creyó, y andando buscándome por la casa, que es grande, llegó entonces la justicia á ella, que habiendo llegado adonde estaba muerto don Fernando, de su criado, que aun estaba con vida, supo quién fué el que le había muerto. Fué preso don Rodrigo y llevado á la cárcel, donde se le entregó al alcaide; buscáronme luego en casa, y visto que no parecia, con la luz que le dieron las criadas de la ficcion de don Estéban, fueron á su casa al tiempo que él venia de su jornada, que era bien tarde; diéronle cuenta de lo sucedido, trayéndole al difunto hermano á su presencia; y llamando él al criado que gobernaba su casa, le dijo un mozo de caballos que él le había ensillado dos, en que se había partido en compañía de una mujer. No quiso oír mas el alcaide de la justicia, que era quien hacia la averiguacion, para mandar despachar gente por los caminos que procurasen detenerme á mí y al criado, y á don Estéban dieron la casa por cárcel, con guardas de vista.

Esto fué lo que dijo el forastero, con lo cual el criado determinó tomar otro camino del que había pensado y venirse á esta corte; así lo ejecutó, y nos venimos por extrañas veredas á deshoras hasta Madrid, donde habrá que llegamos como un mes, poco mas; desde aquí escribió el criado de don Estéban á su amo mi llegada á esta corte, y con la pena que estaba, así de saber que estuviese preso como de carecer de su vista. En respuesta de esta carta vino otra, no como yo esperaba; porque ¿qué culpa tenia yo de la muerte de don Fernando? ¿Mandéle yo matar, por ventura? Si mi hermano lo hizo, ¿era justo tener el enojo contra mí? Lo que la carta contenia era que luego que la leyese se partiese de Madrid y me dejase. Fuerte mandato le pareció á Leandro, que así se llamaba el criado de don Estéban, al cual pareciéndole mal que usase de este rigor con quien no se lo había merecido y le costaba muchas lágrimas, le significó cuánto me debía, y que pagaba un firme amor que le tenia con ingratitud, y que aunque perdiese su gracia, no había de dejarme. Esta carta se le envió á don Estéban por la estafeta: desconsiderada resolucion de Leandro, no advirtiendo las diligencias que se hacian para saber dónde yo estaba. Andaba el alcaide de la justicia solícito en esto, y vino á dar con la carta enviada por la estafeta, y por ella supo dónde estaba yo. Habiendo sido Leandro el que me había traído, y no obstante que vieron el despego con que don Estéban me trataba, se persuadieron á que por su orden me habían traído aquí, y que despues se había cansado de mí; con esto doblaron las guardias á don Es-

téban, que le pedía don Rodrigo mi hermano la fuerza de su casa, y don Estéban á don Rodrigo la muerte de su hermano don Fernando. Determinóse el alcalde de la justicia, sin darse por entendido de dónde yo estaba, á despachar un alguacil, para que con una requisitoria me trajese á Sevilla, y á Leandro preso en mi compañía. Había sido el alguacil hijo de un criado de mi hermano, y dióle cuenta del caso, para ver qué determinaba que hiciese, el cual le mandó que hiciese cuanta apretada diligencia pudiese en Madrid para hallarme, y que hallada, avisase con un propio. Esto me avisó un criado de mi hermano que oyó hablar á don Rodrigo con el alguacil, sabiendo la parte donde por entonces me tenía Leandro, que sabido esto, mudó de posada, y se vino cerca de estos barrios.

Ayer, que salía acompañada de la huéspeda de casa á tomar el fresco en el campo de Leganitos, al volver de una esquina, ví á mi hermano en el mas extraño traje que se puede imaginar; venía con una capa parda de las que usan traer los labradores manchegos, una montera parda, capotillo de dos faldas del color de la capa y polainas, con calzoncillos de lienzo; extrañe su disfraz, y alteróme de manera, que apenas pude dar un paso adelante. La compañera que me llevaba de la mano reparó en esto, y preguntóme la causa de mi susto; yo se la dije y cuán temerosa estaba de que me había conocido. Confirmé esta sospecha con verle enderezar con pasos algo acelerados hácia la parte donde estaba; viendo esto mi compañera, me dejó y se entró en una casa. Yo, con la turbación que tenía, sin reparar en que me dejase, aceleré pasos y valíme de vuestro amparo, de que hago la estimación que es justo, pues si no eligiera vuestra casa, que es ya sagrada para mí, creo lo pasara mal. El que mi hermano no me haya seguido he extrañado mucho, no sé qué haya sido la causa, que tengo por sin duda que no reparó en mí, aunque me lo pareció, porque á hacerlo, es sin duda que me siguiera, y mi vida corriera peligro. Esta es mi infeliz historia; yo me hallo bien confusa en no saber en qué hayan parado las cosas de don Estéban y en ver á mi hermano aquí libre de la prisión donde le dejé.

No se holgaron poco las dos hermanas de oír la relación que doña Clara les hizo de sus trabajos, por sacar de ella que el embozado á quien ellas hablaron las noches pasadas era don Rodrigo sin duda alguna, porque las señas que daba de su vestido conformaban con las que ellas habían visto en el disfrazado caballero; quien con mas exceso se alegró era Serafina, que deseaba que aquel entendimiento, cortesía y demás partes que en él había conocido fuese en sugeto principal, y así se persuadió siempre á esto. De nuevo consolaron Serafina y Teodora á doña Clara, dándole buenas esperanzas que todo pararía en bien con el favor del cielo, en quien esperase que la había de remediar sus trabajos. Con esto se durmieron hasta la mañana, aunque doña Clara, con la pena que tenía, no lo pudo hacer como Teodora, que vivía sin cuidados, que Serafina ya tenía los que bastaban para no sosegar con descuido, y así, fué ella quien

mas noticia podía dar del desasosiego de su huéspeda.

Parecióle á doña Clara el día siguiente escribir un papel á Leandro á la posada, en que le daba cuenta de dónde estaba y la causa que la obligó á quedarse allí, de la cual ya tenía noticia por la huéspeda, que volvió asustada y con pesar de haber perdido á doña Clara. Quien mayor le recibió fué Leandro, que con amor y lealtad servía á esta dama desde que la sacó de Sevilla, y aunque pudiera hacer diligencias por saber dónde estuviese, no osó salir de casa, por el aviso que tenía de que los andaban buscando en Madrid por orden de la justicia. Admiróse mucho de que don Rodrigo se hubiese venido á Madrid, habiéndole dejado preso, y trató de vivir con mas cuidado porque no le encontrase, por saber de su resolución que donde quiera que fuese le quitaría la vida. Con esto, en anocheciendo fué á verse con doña Clara, consolándola en su aflicción, diciéndola que todas aquellas cosas habían de parar en bien. Dió las gracias á la madre de Serafina y Teodora de la merced que hacían á doña Clara, y díjoles que con su licencia quería llevarla á la posada; no se lo consintieron, enojándose mucho, así de que tratase de mudarla en ocasión que corría peligro su vida como de que lo hiciese por temer que les causaría fastidio, que aunque estuviese años en su casa, no le podría dar á quien con tanto gusto la servía. De nuevo les rindió gracias doña Clara, con que Leandro se volvió á su posada; halló en ella una carta de don Estéban, que le reprendía de su inadvertencia de haberle escrito por la estafeta, habiendo otros modos como hacerlo, que había esto sido causa de despachar juez á prenderlo; de que le dieron aviso á don Estéban que se pusiese en cobro, y también la persona de doña Clara, hasta que él avisase otra cosa, tratando de servirla y regalarla con mucho cuidado. Dábale con esto aviso de cómo don Rodrigo se había salido de la cárcel engañando á los porteros de ella, y que se entendía iba á Madrid; que de nuevo le encargaba el ocultar á doña Clara y el cuidado con ella, hasta que él saliese libre de su prisión, pues al alcalde le constaba ser él tan ofendido con la muerte de su hermano como don Rodrigo con haber faltado su hermana de su casa. Mucho contento recibió Leandro con leer esta carta de su dueño, conociendo por sus razones que presto vendrían á bien estas cosas. Dió aviso de esto á doña Clara el día siguiente, con que fué parte para que se consolase y esperase presto verdad en descanso.

Este mismo día recibió doña Serafina un papel de la mano de una mujer embozada, la cual le dijo que aguardaba respuesta de él. Lo que contenía era esto:

«Como en los amantes que bien quieren es su mayor tormento la ausencia, quien la padece, faltando la presencia de quien ama, suplica á la causa, si no hay otra precisa que lo estorbe, se sirva de dar lugar á que ejerza la piedad obras suyas, y cesen las del rigor de faltar tantos siglos del puesto en que su dicha mereció el mayor empleo que podía esperar su deseo.»

No poco se holgó la hermosa Serafina de leer este papel, que ya acusaba al dueño de remiso ó olvidado, y

no la había puesto en poco cuidado haber faltado su recuerdo, cuando ella faltaba del señalado puesto, que era descuido en él no haber sabido la causa de no verle. Pidió á la mujer embozada que esperase, y respondiendo al papel, se le entregó, el cual puesto en las manos de quien con afecto le esperaba, que era el disfrazado don Rodrigo, leyó en él estas razones:

«No merecía piedades quien con tanto descuido vive, que lo mismo que exagera con voluntad lo trata como con olvido; este nombre le diera antes, si no me pareciera la cortedad recato, y que por él se deben perdonar los yerros, con la pena de haber padecido ausencia: de haberla tenido hubo precisa causa, que impidió nuestra salida. Esta noche nos veremos donde sabeis, que hay muchas cosas que deciros. Dios os guarde.»

Contentísimo quedó don Rodrigo con la promesa de la dama, la cual comunicó su salida con su hermana en la forma que había de ser, pues por la huéspeda que tenían les parecía grosería dejarla en casa, sospechosa de su salida. Dióla muy buena Teodora, con tener á una amiga de su madre enferma, á quien pidieron licencia para ir á ver un rato; concediósele, y acompañadas de solo su escudero, se fueron á la casa de la amiga por cumplir con él, y habiendo estado allí un poco rato con la amiga, dieron la vuelta por el campo que llaman de Leganitos, y en el mismo puesto señalado hallaron al disfrazado don Rodrigo en el propio traje en que hasta entonces andaba. Recibiólas con mucho gusto, exagerándoles cuánto había sentido su larga ausencia, pade-ciéndola con mil temores de que hubiese sido por falta de salud ó quiebra de voluntad. Ni uno ni otro ha sido, dijo Serafina, sino haber tenido á nuestra madre indispu-esta; pero cuando lo que decís fuera, bien se os ha mostrado el amor que publicais tener, pues haber dejado pasar tiempo sin procurar saber de las dos, pues no ignorábades nuestra casa, puesto que se os permitió vernos acompañando hasta ella; ¿qué responderéis á esto? Dijo el enamorado caballero: No falta de voluntad, que esa no la puede haber en mí, sino temor ó recelo de dar nota en vuestra casa con venir á ella ó enviar papel, hasta que ya no lo pudiendo sufrir, me resolví á lo que viste. ¿Cortedades tiene quien encarece que ama? dijo Teodora; no me parece que os disculpais derechamente. Apretaban las dos sobre esto al caballero, y él porque se mudase plática les dijo: Si yo como amo con voluntad dispusiera las cosas á medida de mi deseo, no errara en ninguna acción; mas quien tiene rudo natural, como nacido en agrestes paños, ¿cómo quereis que acierte? Vió aquí Serafina la ocasión á su propósito para lo que traía pensado, y no la quiso perder, diciéndole: Señor don Rodrigo de Monsalve, basta el disfraz para conmigo, que ya sois conocido, y dure lo que mandáredes para vuestros vengativos intentos. Yo he sabido quién sois, y tanto de vuestras cosas, que os admiraréis; con que en cuanto á disculparos, no teneis salida. Decid vos que habeis andado ocupado en cosas tocantes á lo que venistes de Sevilla aquí, saliéndoos de

la prisión, y nos darémos por satisfechas, yo á lo menos, que deseo sumamente vuestra quietud y que todos vuestros negocios se hagan como deseais. Absorto se quedó don Rodrigo sin poder hablar: tal le tenía la turbación, admirado de cómo podía ser conocido de aquella dama andando en aquel traje, y no habiendo puesto los pies jamás en Madrid. Discurrió sobre esto, de modo que el callar tanto aseguró á las demás que era él. Lo que le respondió á Serafina fué: Señora mía, yo no sé qué es lo que me decís con rebozos; mi nombre no es ese, ni yo nací con tal dicha que merezca ese noble apellido que me dais; vos me habréis tenido por otro de quien os han dicho algo, que en cuanto á mí, estoy seguro que no me ha traído cuidado alguno á Madrid, sino ver la corte, y mi venida ha sido importante á ella. A buscar á vuestra hermana, acudí Teodora; no hay que encubriros, que de vuestras cosas sabemos las dos mucho, y os dirémos cuanto hay en esto si gustais. Volvió don Rodrigo á turbarse y ellas á apretarle de modo, que por saber él cómo habían tenido noticia de sus cosas, vino á confesar ser don Rodrigo de Monsalve y quien decían.

Holgóse sumamente Serafina de que le hubiese salido cierto lo que ella tenía por dudoso, habiendo con cautela habládole; y así, en conformidad de haber confesado quién era, se sentaron en otro puesto menos juzgado que aquel, y don Rodrigo refirió de nuevo su historia sin discrepar en nada de cuanto habían las dos damas oído á doña Clara; solo lo que varió en ella fué, no el decir que venía á Madrid en busca de su hermana, sino que habiendo estado preso por la muerte de don Fernando, y salido de la prisión engañando á los porteros de ella, se había venido á Madrid disfrazado para estarse así en tanto que se componía la muerte, y la fuga de su hermana decía que había sido para Lisboa, adonde pretendía ir presto en busca suya. Bien quisiera Serafina componer aquellas cosas por la seguridad de doña Clara y por tener en Madrid mas quieto á don Rodrigo, mas parecióle temprano, que quiso tenerle mas obligado para tratar de esto. Aquella noche se ocupó toda en relaciones, y así no se trató de la voluntad, aunque á la despedida bien significó la suya don Rodrigo para con la hermosa Serafina, la cual le favoreció con decirle que estimaba su fineza, pero que deseaba saber con apretada información si dejaba algun cuidado en Sevilla, antes de determinarse á favorecerle, que ella tenía quien se lo dijese; bien lo creyó don Rodrigo; y así, apretando en saber quién le había dicho sus cosas, no pudo conseguir el saberlo, por donde quedó con sospechas de que de su hermana se sabían, cosa que le aumentó el cuidado para hacer mayor diligencia en buscarla.

Correspondíanse estos dos amantes en amor, y estaba tan adelante esta correspondencia, que se trataba entre los dos de casamiento, enterado cada uno de la calidad del otro. En tanto la justicia de Sevilla hacía sus diligencias en buscar á don Rodrigo con requisitorias, en que le gastaron alguna cantidad de hacienda.

El alguacil que había venido en busca de doña Clara y de Leandro hizo también sus diligencias en buscarlos en Madrid, pero todas en balde, por el cuidado con que Leandro vivía, habiendo mudado de posada, y no sabiendo de ella sino de noche, y esto á solo visitar á doña Clara, á quien daba buenas esperanzas de que presto se había de ver empleada en don Estéban. Doña Clara era regalada de las dos hermanas sus huéspedes y de su anciana madre con mucho amor, y á ella se le habían cobrado de manera que, cuando fuera hermana suya, no se le tuvieran mayor. Deseó Serafina ver acabadas aquellas cosas y reducidas á paz por lo que interesaba, pues no tendría de asiento á don Rodrigo allí, menos que con saber dónde estaba su hermana, y para comenzar á tratar de esto, lo primero que hizo fué dar cuenta á doña Clara cómo se comunicaba con don Rodrigo su hermano. Dijo la correspondencia que había entre los dos, y asimismo con el fin que se continuaba, deseando pagarle su amor y finezas con darle la mano de esposa. No se puede exagerar cuánto se holgó la afligida dama de oír esto, pareciéndole que el cielo abría camino para que sus cosas parasen en bien, teniendo de su parte á Serafina, que era cierto había de aplacar el enojo de su hermano y alcanzarle el perdón de él.

Comunicó Serafina con esta dama qué modo ó camino se podía tomar para que don Estéban y don Rodrigo se conformasen, y ocurrióle á doña Clara este. Tiene en Sevilla tan ganadas las voluntades de todos el conde de Palma con su agasajo y afabilidad, que no se ofrecía en aquella ciudad cosa ardua ni dificultosa que como élla emprendiese no la alcanzase, y así todos se valían de su amparo y intercesión para todas sus cosas; en particular tenía gran suerte en componer enemistades, como se había visto por experiencia en muchas que había compuesto entre caballeros, que á no mediar su autoridad, pararan en muertes y desdichas; pues quiso doña Clara valerse del Conde para que con su intercesión se templase la justicia, y su hermano y don Estéban se compusiesen, y así se le escribió una carta en orden á esto, dándole cuenta de quién era, dónde estaba y de cómo don Rodrigo asistía en Madrid, habiendo llegado allí en su busca y el traje que traía para hacer su hecho, de modo que su vida corría peligro; finalmente, le daba cuenta de todo, y le suplicaba mediase en esto, solicitando el que don Estéban le cumpliera la palabra que le había dado casándose con ella y haciendo paces con don Rodrigo. Recibió la carta el Conde, el cual habiendo sabido de quién era y enterado también del caso, quiso servir á esta dama, como lo sabe hacer con tanta galantería y generosidad de ánimo. Vióse con don Estéban, y sin darle cuenta de la carta de doña Clara, le comenzó á persuadir tratase de cumplirle la palabra que le había dado habiendo prendas de por medio. No rehusaba esto don Estéban, que si bien estuvo algo frío cuando la fuga de su dama, entonces estaba tan enamorado y deseoso de verla como á los principios de su amor; lo que sentía era ver que don Rodrigo no hubiese acometido á tratar de que esto se hiciese, están-

dole tan bien á su honor; de modo que don Estéban vivía quejoso de dos cosas: la una, de la muerte de su hermano, y la otra, del despego de don Rodrigo en no haber tratado de conciertos. A todo esto se obligó el Conde que pondría la mano en ello; y dejando á don Estéban muy en hacer cuanto le pedía, trató con la justicia que esto viniese á concierto, perdonando don Estéban la muerte de don Fernando, con que aplacó su rigor, y don Estéban tuvo libertad con una fianza de estar á lo que le sentenciasen. Esto sabido en Sevilla, no sabiendo el Conde adónde había de dar aviso de lo que había hecho á doña Clara, se resolvió de irse á Madrid; en su compañía se llevó á don Estéban y á un primo de este caballero, natural de Córdoba. Tuvo aviso de esto don Rodrigo por su confidente, y holgóse que el negocio tuviese este concierto.

En tanto que llegaban á Madrid el Conde, don Estéban y su primo, la hermosa Serafina, viéndose una noche con su don Rodrigo, le dijo cómo su hermana se comunicaba con ella y era muy su amiga, de quien había sabido todos sus sucesos; y que si le importaba su empleo, entendiéndose que primero había de preceder el perdón de ella que el darle su mano. Ya tenía doña Clara noticia por Leandro de cómo el conde de Palma había reducido á don Estéban y lo traía consigo á Madrid, que así se lo había don Estéban escrito. Viendo don Rodrigo esto, con mucha facilidad dijo que perdonaría á su hermana por lo bien que le estaba darle su mano despues. Agradecióselo Serafina, y mandóle que para la noche siguiente mudase de traje y viniese á su casa, adonde estaría su hermana con ella aguardándole, que no quería mas rebozos ni guardarse de su madre. Obedeciola don Rodrigo, el hombre mas contento del mundo; y así, luego que vino la noche, con un bizarro vestido de color vino á casa de Serafina acompañado de dos criados lucidos con una vistosa librea. Fué recibido de la hermosa Serafina y de su hermana Teodora y llevado á la presencia de su madre, á quien había Serafina dado cuenta de todo el suceso y de la afición que este caballero la tenía con el fin de ser su esposo. Allí halló don Rodrigo grandes agasajos en los brazos de doña Blanca, que así se llamaba la anciana señora, y muchas lágrimas en los ojos de su hermana, que postrada á sus piés le pedía su mano y perdón de haberle sido causa de sus disgustos. Don Rodrigo la abrazó sin muestra de enojo alguno, y aquella noche estuvo dos horas de visita muy gustoso, siendo favorecido de los ojos de su Serafina, que por estar en la presencia de su madre, no se extendió á mas el favor. Supo don Rodrigo cómo su hermana era huésped de doña Blanca y sus hijas y por el camino que había venido allí, que fué ponerle en muchas obligaciones, estimando el gran favor que la habían hecho. Con esto se acabó la visita, mandándole en secreto Serafina que volviese á verla todos los días, cosa que don Rodrigo obedeció con mucha puntualidad por lo que en hacerlo interesaba.

Llegó el conde de Palma á Madrid con los caballeros que le acompañaban, y sabiendo Leandro la casa que

le tenían apercebida para posar, acudió á ella á verse con su dueño, el cual se holgó mucho con él; preguntóle luego por doña Clara, de cuya salud le dió muy buenas nuevas, y asimismo de todo cuanto pasaba y se ha dicho, porque así se lo había mandado doña Clara. Holgóse don Estéban de tener esto vencido y que don Rodrigo la hubiese hablado y visitase, y así se lo dijo luego al Conde, el cual el siguiente día, llevando consigo á don Estéban y á su primo en su carroza, se fué á casa de doña Blanca, guiado de Leandro; fué en ocasión que acertó á estar allí don Rodrigo, cosa de que el Conde recibió mucho gusto. Pidió licencia á doña Blanca para visitarla; túvola, y en su presencia careó los dos caballeros enemigos antes, á quienes hizo ami-

gos luego. Y para aumentar mas su gusto, llamando al párroco, don Estéban dió la mano de esposo á su doña Clara, y don Rodrigo á doña Serafina. Háiale parecido bien á don Sancho de Godoy, primo de don Estéban, la hermosa Teodora, y quiso que á estas bodas acompañase la suya; informó el Conde de quién era, y así se dieron las manos. La fiesta de las velaciones celebraron muchos caballeros mozos de Madrid con una lucida máscara, á que se siguieron muchos saraos, siendo todo fiestas un mes que estuvieron en la corte, el cual pasado, se volvieron á Sevilla todos tres contentos con sus queridas esposas, despidiéndose del conde de Palma con muchos agradecimientos que le dieron por el favor que les había hecho.